

chos de ellos eran pescadores al tiempo de su vocacion, y abandonaron las redes para hacerse pescadores de hombres con la predicacion, como les habia prometido el Salvador del mundo.

CAPITULO CUARTO.

PRISION Y MUERTE DEL BAUTISTA.

Despues que el Precursor del Hijo de Dios habia exhortado á la penitencia preparatoria á la redencion humana; despues de haber anunciado la próxima venida del Mesias; despues de haberle bautizado, y proclamado como Salvador del mundo á vista del pueblo, quedó cumplida su especial comision precursora: mas el zelo de convertir pecadores, le llevó de pueblo en pueblo hasta la corte de Herodes. Este Príncipe, siendo Tetrarca de Galilea, tuvo mucha oportunidad de oír hablar de la santidad de Juan, y cuando le tuvo en su corte le reverenciaba como á un gran Profeta. Herodes amaba á Juan, Juan respetaba á Herodes; pero el Tetrarca era incestuoso, y el Bautista era justo. La mision del Bautista era predicar, era convertir, y fiel en su ministerio no tenia acepcion de personas: reprendia al grande igualmente que al chico, al poderoso como al humilde: su objeto era el hombre pecador cualquiera que fuese su condicion. Herodes habia tomado por muger á la que era muger actual de su hermano Filipo, Tetrarca de otra provincia; y Juan censuraba abiertamente esta conducta

criminal, y le reprendia con firmeza el incestuoso matrimonio. Herodes temia la virtud del Bautista, pero no se separaba del pecado. Herodias, la muger, aborrecia á Juan, y no pudiendo conseguir su muerte, solicitaba con ansia su prision. Habiendo Herodes seducido á Herodias para que abandonase á su marido, habia quedado sujeto al capricho de esta muger infiel: su mismo pecado le habia encadenado á la voluntad, siempre nociva, de una pecadora; y no pudiendo ahora resistir las instancias de una adúltera, cometió la injusticia de prender á un justo cuya santidad él mismo admiraba.

El Profeta en su prision tuvo noticia de las maravillas que obraba Jesus de Nazaret, y deseoso de saber, si era el mismo á quien habia bautizado en el Jordan, y de quien el cielo habia dado testimonio en aquella ocasion, envió dos mensageros á preguntarle, si era el que habia de venir, ó si habia de esperar á otro. Estos discípulos de Juan encontraron á Jesus cerca de la ciudad de Nain, y llegándose á él, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado á tí, y dice: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Oido el mensaje por Jesus, les respondió: Id, y decid á Juan lo que habeis oido y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres es anunciado el evangelio, y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí. Los mensageros se retiraron muy satisfechos, y en verdad no podian llevar una respuesta mas clara ni terminante al asunto

de su mensaje. Como muchos de los que seguían á Jesus habian sido discípulos de Juan, luego que partiéron los mensageros, comenzó á decirles: ¿Qué salisteis á ver en el desierto? una caña movida del viento? Mas qué salisteis á ver? un hombre vestido de ropas delicadas? Ciertamente los que visten ropas delicadas están en los palacios de los Reyes. ¿Mas qué salisteis á ver? un Profeta? En verdad os digo, y aun mas que Profeta. Porque este es de quien está escrito: He aquí yo envío mi Angel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de ti. En verdad os digo: que entre los nacidos de mugeres no hay mayor Profeta que Juan el Bautista.

Los enviados de Juan volviéron, informándole de todo lo que habian visto y oído; y el santo Precursor tuvo en su prision el consuelo de saber, que la redencion de Israel estaba efectuándose, y por tanto no debía ya temer por su vida bajo la persecucion de la implacable Herodias. Esta incestuosa muger buscaba con ansia alguna oportunidad favorable para saciar su venganza con la sangre del Bautista, mientras le tenia en prisiones; y su astucia infernal halló poco despues la ocasion, en un gran convite que dió Herodes á los Grandes de su corte para celebrar el día de su nacimiento. El fruto de un ilícito maridage, tan espresamente prohibido en la Ley, habia sido una hija adulterina, y su educacion correspondió á su nacimiento criminoso: la danza fué todo lo que le enseñaron, y lo único que ella habia aprendido. En la mayor alegría de la fiesta, quiso Herodes mostrar

á los convidados la gracia estremada de su hija Herodiada en el arte de danzar: y como todo habia sido maquinado por la perversa madre, la jóven estaba ya preparada para su exhibicion. Al instante se presentó en el salon del convite, y ejecutó su baile con tanto aplauso de los circunstantes, que el fascinado padre le prometió con juramento darle todo lo que pidiese, aunque fuera la mitad de su reino. Con tan oportuna promesa corrió la adulterina muchacha á consultar con Herodias sobre la peticion que haria, y esta le mandó al momento pedir la cabeza del Bautista. La digna hija de tal madre volvió á la sala donde el Rey aguardaba su peticion, y le dijo á oída de todos: Quiero que luego al punto me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. En una fiesta natalicia, en un solemne convite, entra una jóven Princesa á pedir un favor. ¿Quien no creeria que era para la libertad de un hombre justo en prisiones? Al oír una peticion tan injusta, tan sangrienta, el Rey se entristeció mucho por el juramento que habia hecho, y por consideracion á la compañía de los convidados: y aunque pesaroso mandó degollar al Bautista. El banquete y la alegría que suspende, aun entre los mas bárbaros, todo acto de crueldad, se convierte en tribunal, donde se decreta la mas inicua y cruel sentencia. Un mensagero parte del salon del convite á la cárcel, ¿quién no creeria que iba á romper las cadenas que oprimian á un inocente Profeta? El mensagero vuelve de la cárcel al banquete donde se alegra el Rey con la corte, ¿quién no creeria que ya quedaba absuelto

un preso, en quien no se pudo hallar ni sombra de delito? ¡Maldad atroz! inconsecuencia horrible! La mesa del convite se muda en cadalso, desde donde se muestra un mutilado miembro humano: manos teñidas presentan un don sangriento: y los brazos de una jóven reciben con gozo una cabeza todavía palpitante. El mayor entre los nacidos de las mugeres es sacrificado á la venganza de una adúltera; y la cabeza de un hombre aun mas que Profeta se da en premio de la liviandad de una bailarina.

LIBRO II.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DURANTE EL
TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAPITULO PRIMERO.

DISCURSOS DE JESUCRISTO.

Jesucristo comenzó ahora á predicar su evangelio, revelando al mundo misterios augustos hasta entónces impenetrables, enseñando verdades sublimes hasta entónces desconocidas, y proponiendo á los hombres virtudes excelsas que han forzado la admiracion de los moralistas, y han confundido á los incrédulos.

Moises habia sido enviado para despertar, por medio de recompensas temporales, á un pueblo sensual y embrutecido, arrastrado por una inclinacion irresistible al pecado de idolatría. La mision del Hijo del Dios vivo era de una naturaleza enteramente espiritual: instilar en el ánimo del hombre ideas celestiales, y hacerle conocer con plena evidencia la dignidad, inmortalidad, y felicidad eterna de su alma, de la que Moises no habia dado sino nociones imperfectas. Jesucristo no promete á sus discípulos riquezas, ni conquistas, ni paises abundantes en frutos; solo les muestra una vida futura y gloriosa en las mansiones de su Padre celestial; y para asegurar esta esperanza, les enseña á desprenderse de las cosas temporales y cuidados de este mundo, y practicar virtudes puras y perfectas. Jesucristo les demuestra la necesidad de una regeneracion, y de un nuevo nacimiento por medio del bautismo, penitencia y Espíritu Santo. Una doctrina tan espiritual estaba al alcance de pocos, como se vió en la ignorancia de Nicodemo; pero Jesucristo habia venido para disipar aquella tiniebla con su predicacion.

Antes que Jesus saliese de Judea, fué visitado por un Judío de grande consideracion. Nicodemo era Príncipe, como llamaban los Judíos á sus magistrados, hombre religioso y pacífico: habia oido hablar bien de Jesus, y movido de la fama que iba adquiriendo con sus prodigios nunca ántes vistos, quiso visitarle; pero temia la indignacion de sus compañeros, si le veian entrar de dia en casa de Jesus, y por